


MUNDO
DINERS

*cazadoras
de hombres*

Entrevista

A photograph of Plutarco Naranjo, an elderly man with grey hair, wearing a dark suit, a light-colored shirt, and a red striped tie. He is sitting in a dark wooden chair, smiling slightly at the camera. His hands are clasped in his lap. The background features a bookshelf filled with books on the left, a large abstract painting in the center, and a framed religious painting of the Virgin Mary and the Christ Child on the right.

Plutarco Naranjo

Por Rodrigo Villacís Molina
Foto por Jorge Vinuesa

e l *curriculum vitae*, “reducido”, del doctor Plutarco Narraño Vargas (Ambato, 1921) diríase que corresponde a más de una persona, porque el apartado de los datos profesionales y docentes, por ejemplo, justificaría, por sí solo, una vida intensa; lo mismo que la página de sus posiciones oficiales, académicas y diplomáticas; a lo que se añade una bibliografía que comprende alrededor de 40 libros y folletos de su autoría, y 60 en los que figura como coautor; más de 300 estudios científicos en diferentes idiomas (español, inglés, francés, italiano y ruso), y centenares de artículos de prensa. Y en cuanto a condecoraciones y premios, contabiliza alrededor de 20, entre nacionales y extranjeros, incluidos el Premio Nacional de Ciencias (1976), el Premio Nacional Eugenio Espejo de Ciencias (1987) y la Condecoración como Héroe de la Salud Pública (OPS/OMS, 2001). Y sigue trabajando en sus investigaciones

pequeño equipo de personas que al efecto he entrenado, y del cual forma parte una hija mía. Entonces me dedicaré solo a escribir, porque tengo muchas cosas a medio hacer y debo terminarlas.

—¿A qué atribuye esa fortaleza intelectual suya, tan poco común?

—He llevado una vida disciplinada y he cuidado mi alimentación. Acuérdesse que la nutrición ha sido uno de los temas que me han preocupado. Inclusive tengo un pequeño libro que se titula *Saber alimentarse*, que ya va por la tercera edición.

—Lo conozco. Ahí pondera usted de manera especial la quinua, como un alimento completo, y el chocho por ser rico en proteínas y grasas.

—Y mejor cuando se lo asocia con el capulí, que es rico en hidratos de carbono y en azúcares.

—¿Cómo se inició usted en este campo?

—Siempre me gustó el estudio de

sidades, como la Popular, la Andina, la Simón Bolívar, la Politécnica Equinoccial y la Universidad del Valle, en Cali.

—Ya que nació en Ambato, supongo que la primaria y el colegio lo hizo en esa ciudad.

—Así es, en el instituto Luis A. Martínez y en el colegio Bolívar. En ambos tuve excelentes profesores, maestros que sabían orientar a sus alumnos. Recuerdo al señor Amable Aráuz y al señor Domingo Segarra, de la escuela, y a don Francisco Montalvo y al doctor Alonso Castillo, de la secundaria. El señor Aráuz, de grandes iniciativas, tuvo la de organizar un comité interescolar para publicar un periódico que salió con el título de *El Escolar*. En sus páginas publiqué mi primer artículo, cuando yo estaba en sexto grado. Como usted comprenderá, eso fue muy importante para mí; lo mismo que las enseñanzas de química del doctor Castillo, y de literatura de don Juan Francisco Montalvo. Recuer-

disciplina, estudio, trabajo y alergia al vino tinto

de carácter científico e histórico, y en su consulta de médico alergólogo —con vista a la plaza Artigas, en Quito—, como si no le pesaran sus 88 años de edad.

—¿En realidad, ¿no le pesan los años, doctor?

—Bueno, ya no tengo las mismas energías de antes, pero no me quejo; aún me quedan fuerzas suficientes. De todas maneras cuando cumpla 90 años voy a dejar esta consulta, a la que ya no atiendo ahora mismo sino dos veces por semana. Quedará a cargo de un

las plantas; inclusive fui profesor agregado de la cátedra de botánica en la Universidad Central, allá por los años cuarenta, antes de graduarme de médico en la misma universidad, y director del Instituto de Ciencias Naturales en los cincuenta y sesenta.

—¿Cuál es, en resumen, su récord académico?

—Me gradué de médico en 1949 e hice un posgrado en la Universidad de UTA, Estados Unidos. He desempeñado diversas cátedras y funciones en la Universidad Central y en otras univer-

do también a don Reinaldo Miño, que nos daba las bases de latín y griego.

—Entonces, parece que no es una mera casualidad que algunos ambateños de su generación hayan merecido el Premio Nacional Eugenio Espejo: usted, el doctor Augusto Bonilla, el doctor Rodrigo Fierro, el doctor Misael Acosta Solís, el poeta Jorge Enrique Adoum y el doctor Luis Romo; a los que se añade el artista Oswaldo Viteri, de una generación posterior.

—No es una casualidad. Se promovían también concursos intercolegiales



Con sus cinco hermanos, Ambato, 1949.

que eran muy estimulantes. Por ejemplo, se organizó un concurso de ensayo, a escala nacional, entre los estudiantes del último año de los colegios. Yo escribí sobre el átomo, que entonces era un tema nuevo: fue el mejor trabajo de mi colegio y el jurado del certamen decidió incluirlo en la revista que publicó. Después, para ingresar en la universidad redacté, a manera de examen, un comentario que lo acogió en sus páginas *El Comercio*. Así comencé, muy temprano, a publicar.

—¿Y a investigar?

—Bueno, ya en el colegio el profesor de ciencias biológicas me nombró su ayudante ad honorem, y coincidió que, un año antes de que yo viniera a Quito a estudiar, lo eligieron director del Instituto Botánico de la Universidad Central. Fue una suerte, porque él me consiguió un nombramiento de ayudante del laboratorio botánico. Ahí comencé a hacer investigaciones. Luego me ascendieron a ayudante de cáte-

dra. Más tarde fui profesor titular, primero de la Escuela de Agronomía; después, de la Facultad de Veterinaria, y cuando ya me gradué, de la Facultad de Medicina. Estando en el Instituto Botánico, el año 47, publiqué mi primer libro, una investigación sobre la muerte de las plantas por las heladas, titulado *Necrosis fría de las plantas*. Así estaban las cosas cuando los laboratorios Life, que recién se habían fundado, abrieron un concurso para los estudiantes recién graduados y médicos jóvenes, en el cual yo participé con un extenso trabajo de investigación que ganó el primer premio: *El sistema neurovegetativo, anatomía, fisiología y farmacología*. Y como tesis de grado, en asocio con quien habría de ser mi esposa, Enriqueta Banda, compañera de estudios desde el colegio, preparamos un trabajo sobre las plantas que producen alergias.

—¿Dice usted que conoció a doña Enriqueta en el colegio Bolívar?

—En ese entonces era mixto, pero nos tenían muy separados a hombres

y mujeres. Solo en quinto curso, cuando elegíamos especialidad, Sociales, Físico-química o Biológicas, pudimos conocernos más de cerca, porque ambos escogimos Biológicas, aunque yo quise seguir las tres, pero el rector me dijo que no era posible. Bueno, me enamoré de ella y en la fiesta de graduación me declaré; porque en ese tiempo nos declarábamos, ¿no? Nos casamos cuando ambos terminamos el cuarto curso de Medicina, porque ya tenía yo todo listo: un apartamento arrendado, con todo lo necesario. Solo faltaba ella. De hecho, yo tenía una posición bastante solvente, porque como ayudante de cátedra percibía un sueldo de 120 sucres mensuales, cuando los profesores titulares ganaban 500; de modo que era una buena base. Pero además, como estudié Contabilidad, simultáneamente con el bachillerato, pude trabajar también en ese campo; lo cual me daba un ingreso adicional. Así, pues, me casé muy joven.

—¿Cuántos hijos y nietos, doctor?

—Tres, todos profesionales, dos varones y una mujer, que siguió Medicina y que, como le dije, trabaja conmigo. Nietos, cinco, ya todos adultos, y estudiando en universidades extranjeras; la mayor está terminando su tesis doctoral en Francia.

—Volvamos a su trabajo sobre las plantas que producen alergia.

—Eso implicó estudios previos sobre los pólenes, formas, tipos, etc., para identificar a qué plantas correspondían. Esa tesis fue publicada el año cincuenta con el título de *Estudio clínico y botánico de la flora alérgica del Ecuador*, tema que se tocaba por primera vez aquí y sobre el cual casi no había antecedentes en Latinoamérica.

—Tampoco era grave el problema de las alergias.

—Así es. Ahora se ha agravado sobre todo por la contaminación del ambiente, de la cual nadie puede escapar... Lo peor es que muchas alergias son incurables; solo se las puede controlar previa la identificación de los elementos que las causan, para evitarlos. Yo mismo soy alérgico al vino tinto, del cual, con pena, debo privarme.

—¿Cómo se orientó hacia la alergología?

—Como le conté, yo estaba desde segundo año de la universidad en el campo botánico, e incluso había escrito algunos trabajos sobre plantas medicinales. En ese tiempo aparecieron algunas publicaciones sobre lo que entonces era una novedad, el concepto de las alergias. Cosa que me interesó mucho y me llevó a buscar material sobre el tema, especialmente en publicaciones extranjeras, porque me di cuenta de que en mí se daba la feliz coincidencia de mis conocimientos de las plantas y de la medicina. De modo que me propuse investigar las plantas alergógenas y, como vi que eso me iba a tomar un par de años, pedí al Consejo de la Facultad que nos autorizara a Enriqueta y a mí a hacer la tesis de grado, conjunta, sobre este tema.

—¿El plan?

—Primero, describir la flora alergógena; segundo, hacer una investigación diaria de los pólenes en esta ciudad, con unos aparatitos especiales que los recogían. El primer año lo dedicamos a conocer los pólenes y el segundo a determinar lo que se llama el calendario polínico de esta ciudad. Ésa fue la base de nuestra tesis y ciertamente el comienzo de mi dedicación a la alergología.

—¿Nunca pensó en otra especialidad?

—Bueno, de estudiante pensé en la psiquiatría, porque esa eminencia que era el doctor Julio Endara quiso enrumbarme en tal dirección, y también porque ya en el colegio había leído dos o tres libros de Freud. Pero ya ve usted cómo me salió al paso la alergología y cómo me entregué a ella, convirtiéndome en uno de los primeros alergistas en Latinoamérica.

—¿Eso tiene que ver con su paso por Life?

—En esos laboratorios entre a hacer investigaciones ya de tipo farmacológico, en un abanico más amplio, y contribuí con medicamentos originales que a Life la elevaron grandemente en términos económicos y pasó a ser un laboratorio que llegó a exportar hasta a quince países, porque más de la mitad de la producción iba fuera del país. Solo Colombia consumía casi el cincuenta por ciento de nuestra producción y ahí estaban, entre todos, los productos que yo inventé.

—¿Puede nombrar algunos?

—Por ejemplo el *Hista-3*, que fue uno de los primeros antihistamínicos que se comenzaron a usar; la *Gradualina*, que es un coloide que absorbe a la penicilina y luego la libera lentamente, facilitando en gran medida su uso, y el *Graplasmoid*, que es un plasma sanguíneo artificial, cuya utilidad ya se puede usted imaginar. Hay más, pero dejémoslo ahí.

—¿Cuándo se separó de Life?

—Temporalmente en 1952, cuando la recién fundada Universidad del Valle (Cali-Colombia), que estaba organizando su facultad de Medicina, me llamó para armar el laboratorio y dirigir la cátedra de Farmacología, y como asesor del Departamento de Fisiología. Me convenía, porque, además, Enriqueta iba como mi ayudante. Ahí estuve tres años y, al retornar, gané una beca Fulbright para hacer mi posgrado en Estados Unidos. Me separé definitivamente en 1970, porque Life se convirtió en una industria de mayor capital extranjero y cerró el departamento de investigaciones.



Con su esposa y colaboradora Dra. Enriqueta Banda, Laboratorios Life, 1953.



COBERTURA ILIMITADA FRENTE AL CÁNCER



**LIBRE ELECCIÓN, SIN DEDUCIBLES,
1800 ONCOCARE
662622**

DESDE
\$5.74
AL MES





ARRIBA: Como embajador del Ecuador ante la Unión Soviética, Moscú, 1997.



ABAJO: Acto de posesión del cargo de ministro de Salud del Gobierno del Dr. Rodrigo Borja, 1988.

—Al margen de la alergología, usted ha desempeñado funciones públicas y ha escrito libros sobre diferentes temas, especialmente de historia...

—Soy miembro de número de la Academia de Medicina, pero también de las academias de Historia y de la Lengua. Además, pertenezco, entre otras asociaciones, a la Casa de la Cultura y al Grupo América. Lo cual me ha permitido conocer de cerca a los más importantes intelectuales del país.

—¿De quién tiene un recuerdo especial?

—De Jorge Carrera Andrade, que a más de ser el enorme poeta que era, fue un verdadero personaje en el campo

diplomático. En París me invitó a almorzar cuando él era nuestro embajador, y me di cuenta de que, adonde íbamos, él gozaba de mucho respeto. Ahí me entregó uno de sus últimos libros, que yo llevé a la Unión Soviética, cuando fui como embajador a Moscú. Llevé ese libro y la novela *Entre Marx y una mujer desnuda*, de Jorge Enrique Adoum, que también fue muy amigo mío, para interesarles a los rusos en su traducción y publicación. No les interesó la novela, pero publicaron una selección de la poesía de Carrera Andrade. Cuando regresé a Quito le traje un ejemplar, y me encontré con que él estaba pasando por los momentos más difíciles de su vida, pobre, solo

y víctima del Parkinson. Le habían dado el puesto de director de la Biblioteca Nacional, donde le consumía la depresión. Le dije, "Jorge, le traigo algo que le va a gustar", y le di el libro, explicándole de lo que se trataba. Se le fueron las lágrimas...

—¿Cómo se explica esa transición suya de científico a diplomático?

—Bueno, fue un paréntesis. Verá, ciertamente mi vida ha dado saltos y éste a la diplomacia o, mejor, por la diplomacia, obedeció a la entrañable amistad que, a pesar de nuestras posiciones políticas muy distantes, hemos mantenido desde hace muchos años con Jorge Salvador Lara. Él, como presidente de la Academia de Historia, me propuso que ingresara a la misma, porque ya tenía algunas publicaciones en ese campo. Después ascendí a la categoría de miembro de número, y en ésas estaba cuando el mismo Jorge, como canciller ese momento, me propuso la embajada en la entonces Unión Soviética. Recuerde que el primero fue el doctor Juan Isaac Lovato, el segundo Jorge Icaza y yo fui el tercero.

—¿Tuvo que improvisarse?

—En cierto modo. Bueno, para entonces me había desempeñado ya como miembro de la Junta Consultiva de Relaciones Exteriores y tenía una columna en *El Comercio*, donde escribía especialmente sobre ciencias, botánica y alimentos. Me retiré del periódico solo cuando Rodrigo Borja me llamó como ministro de Salud de su Gobierno, el año 1988.

—¿Cómo fue su paso por ese ministerio?

—Le dediqué todo el tiempo posi-

ble. al punto de que no estaba con mi familia sino un fin de semana cada mes. Los demás salía a recorrer el país, a los rincones más lejanos, a fin de auscultar personalmente sus necesidades en el campo de la salud. Porque ciertamente los funcionarios de alto rango están rodeados de ciertos círculos, de cualquier color, que le muestran una "realidad" imaginaria. Uno debe salir a verla personalmente. Así pude introducir ciertos cambios necesarios, que mejoraron los servicios de ese ministerio. Fue tan bien considerada mi gestión, que me eligieron primer presidente del Comité Ejecutivo de la OPS y luego presidente de la 43 Asamblea Mundial de la Salud.

—Eso me parece más lógico, pero, ¿la diplomacia?

—Acepté la propuesta porque era una oportunidad de conocer la URSS, y porque pensé que iba a tener poco trabajo y, por tanto, iba a disponer de bastante tiempo para escribir todas las cosas que tenía en carpeta, así en el campo científico como en el cultural e histórico. Pero cuando llegué me encontré con un país donde había 140 representaciones diplomáticas; donde uno recibía un enorme volumen de información del Gobierno soviético y como embajador yo tenía que estar al tanto de lo que sucedía. Entonces, con mi mujer decidimos estudiar el idioma ruso, al que dedicamos no menos de tres horas diarias durante seis meses; de modo que aprendimos bastante, al punto de que hablábamos sin mucho problema con la gente de ahí. Además, eso me permitía moverme libremente en mi carro adonde quería ir, sin la esclavitud del chofer que, por otra parte, y como las demás personas al servicio de la embajada, debía informar a la Cancillería soviética todo lo que oía y veía. Desde luego fingía que no entendía nada.

—¿Y cómo llevaba un científico como usted la vida social propia de la diplomacia?

—Yo no estaba acostumbrado a esa vida, pero tuve que adaptarme. El país más pobre ofrecía por lo menos una recepción al año, por su fiesta cívica. Los demás ofrecían cinco, ocho o diez recepciones en el mismo lapso. De modo que, aun siendo selectivo, uno tenía que asistir a no menos de dos recepciones por semana. Nosotros dábamos tres al año, el 10 de agosto, el 24 de mayo y el Día de las Américas, todo a cargo del bolsillo del embajador, quien solo tenía el sueldo de dos mil dólares y mil más como gastos de representación, de lo cual uno pagaba al chofer, a una secretaria soviética, al jardinero y a un ayudante. Así es que económicamente no era muy buen negocio. Y tampoco pude disponer del tiempo que yo había imaginado para escribir.

—¿Se interesó usted por la vida de la gente común?

—Claro, incluso fui padrino del matrimonio de una joven soviética que se casaba con un joven colega mío que había estudiado allá. Y como hablaba ruso y podía manejar y trasladarme de un lugar a otro, tuve el privilegio muy raro para un embajador de visitar algunos hogares; fuimos a la casa de la familia de la novia, en otra oportunidad, a la casa de un historiador, en fin... Descubrí que se publicaban muchísimos libros, los cuales se agotaban rápidamente. Una investigación de la Unesco reveló que el país donde más se leía era la Unión Soviética. Recuerdo que hubo una exposición internacional del libro, en un inmenso local, con la representación de no menos de 130 países, con autores traducidos al ruso. Lo que pasa es que la Unión Soviética a través de sus

institutos, como el Latinoamericano, traduce libros al ruso de autores de cada país. Entonces, ahí encontré obras ecuatorianas como las de Pedro Saad y de nuestros "cinco como un puño", etc. Claro que, obviamente, ellos no iban a reproducir libros que a su juicio eran "reaccionarios". En música, lo mismo: discos que aparecían y desaparecían. En cuanto a periódicos, claro, solo había lo que yo diría una suerte de libertad limitada o condicionada. Por ejemplo, circulaba una revista titulada *El Cocodrilo*, que se permitía ciertas caricaturas picantes contra el Gobierno, o mejor contra la burocracia. Eran los tiempos de Breshnev.

—No me ha dicho cómo consiguió desempeñarse en la embajada, a pesar de su inexperiencia...

—Bueno, yo encontré un libro escrito por un embajador, no recuerdo el nombre, sobre normas y más de la diplomacia, y después en Moscú me recibí el decano del grupo americano de embajadores, un venezolano, con quien hice muy buena amistad, y me instruyó bastante. Además, me tocó por suerte un excelente primer secretario, Francisco Proaño, que hoy está en la Unesco. Él fue mi segundo profesor. Por lo demás, yo he sido siempre un buen observador, y eso me sirvió mucho para redactar mis informes a la Cancillería.

—¿Qué fue lo mejor y lo peor que halló en la Unión Soviética?

—Lo mejor, la vida cultural, y lo peor, sentirme, como todos, vigilado.

—¿Qué pasó a su regreso al Ecuador?

—Me reintegré al servicio médico, a mis investigaciones, a la cátedra. Y a escribir, por supuesto. Como le dije, yo pensé escribir mucho en Rusia, pero no conseguí hacerlo, por falta de tiempo,

sino dos trabajos, uno de los cuales se publicó allá, sobre el descubrimiento de la quina y sus virtualidades médicas. Cuando volví, retomé también mis estudios sobre Montalvo.

—¿Y cuándo nació en usted el Montalvo que es?

—En la escuela, con los profesores que nos hablaban de Montalvo en Ambato, y nos llevaban al mausoleo donde están sus restos, y a la biblioteca, donde se hallan sus libros, familiarizándonos con la figura del maestro y despertando en nosotros un culto especial hacia él. Lo cual me indujo a estudiar su vida y su obra, y después a escribir acerca de él. De hecho soy autor de varios libros sobre Montalvo, y he participado en numerosos certámenes sobre el tema, aquí y en diversos países. Tales estudios me han conducido, a su vez, a otros, que me han

Dr. Naranjo, presidente del Congreso Latinoamericano de Alergia en la visita al presidente de Perú, 1972.



llevado a la Academia de Historia, de la cual llegué a ser director. Espejo, Mejía Lequerica han sido otros personajes que he estudiado a fondo y sobre los cuales también he publicado. Por eso me invitaron, sorpresivamente, a pertenecer a la Academia de la Lengua. Yo me resistí porque no me considero un literato, pero ellos insistieron, y ahí me tiene usted, como miembro de número. Perteneczo además a la Real Academia Española de la Lengua y a la Academia de Historia de España; amén, por supuesto, de la Academia de Medicina del Ecuador, de la cual fui uno de sus fundadores y su tercer presidente.

—Con estos antecedentes, supongo que su biblioteca es de lo más variada, con una gran diversidad de temas.

—Y muy grande, aunque ya he repartido como cuatro mil volúmenes, porque no tenía dónde ponerlos. Les dije a mis hijos que escogieran todo lo que ellos quisieran, y después comencé a repartir el resto entre las bibliotecas Nacional, de la Universidad Central, del Municipio y de la Universidad Andina, a la cual pienso donar también mi colección de arqueología.

—¿También ha incursionado en ese campo?

—Así es, tengo una buena colección, porque la arqueología me ha llamado la atención desde hace mucho tiempo, e incluso he escrito sobre el tema algunos trabajos; así como sobre antropología y etnomedicina. La verdad es que desde niño fui coleccionista de diferentes cosas: de hojas, de flores, como antecedente de mi dedicación a la botánica. Me atrajo la arqueología porque, habiéndome interesado primero por los alimentos, comencé a investigar sobre lo que comían nuestros aborígenes y sobre los alimentos que vinieron de Europa. De ahí a la arqueología solo hubo un paso; inclu-

so excavé en Valdivia. También he comprado muchas piezas. Hasta que ya mi mujer me dijo: “¡Ni un libro más ni una pieza arqueológica más!”.

—¿Cuáles son sus perspectivas futuras, después de este largo e interesante trayecto de vida?

—Cumplí hace poco 88 años y, como le dije al principio, quiero terminar ya mi ejercicio profesional, en dos años más, a mis 90, para dedicarme solo a escribir. Ya he viajado bastante, por todo el mundo, para lo cual me ha ayudado el hecho de hablar inglés, italiano, francés, portugués. Pero tengo aún muchas cosas por escribir, científicas e históricas; me falta concluir un libro sobre la expedición geodésica, no la que vino acá sino la que se fue al Polo Norte; luego quiero completar un libro sobre las plantas sagradas de nuestras culturas primitivas, tema al que dediqué como 60 artículos que aparecieron en *El Universo*. Y le cuento que el Fonsal, a propósito del bicentenario, me está publicando una obra sobre la lucha por la Independencia: *Del primer grito a la primera Constitución*.

—Al cabo de una vida tan intensa, ¿cuál es su mejor recuerdo?

—Son tres: mi matrimonio, mi grado de doctor y el nacimiento de mis hijos.

—¿Y el peor?

—El caso de un alumno al que, por recomendación del doctor Edgar Jaramillo, actual rector de la Universidad Central, ayudé mucho, inclusive consiguiéndole una beca, y que después se transformó en activista político y en mi gratuito detractor.

—Usted que conoce tanto de botánica, doctor, debe saber que, en el jardín de las virtudes, la gratitud es la flor más escasa.

—Pero la más bella es servir al prójimo. Ⓛ